

— Esas son balas, chicuela — repuso el clérigo. — Los hombres han inventado esos juguetes para matarse unos á otros.»

Nos retiramos del balcón. Juan de Dios se fué. Don Celestino y yo deliberamos sobre los pasos que debíamos dar para que no nos arrebataran la Princesita. Y él dijo: «Dios nos protegerá. Pienso que este día será feliz y tendremos que marcarlo con piedra blanca.

— Marcado queda — dije yo; — es el 2 de Mayo de 1808.»

## V

Lo primero que resolvimos fué establecer inmediata comunicación con *Amaranta*, nombre mitológico que daban en la Corte á una señora de singular hermosura, gala y honor de la hispana grandeza. *Amaranta* era la clave de nuestro Cuento de Hadas. Á ella debíamos acudir dándole conocimiento de que la Princesita estaba en nuestro poder... No era flojo triunfo. Después, ella resolvería, y como persona de indudable privanza en la Corte, sabría desbaratar con mano de justicia ó con unto de dinero las intrigas del *Licenciado Lobo* y de los infames tenderos de la calle de la Sal. Escrita por D. Celestino la carta para la gentil *Amaranta*, me despedí del Cura, el cual rezó un *Padre nuestro* y echóme sus bendiciones para que Dios me protegiera en mi humanitaria y difícil misión.

Alejándome todo lo posible del centro de la Villa, llegué á la plaza de Oriente, donde me detuvo un obstáculo casi insuperable, un gran gentío que, bajando de las calles del Viento, de Rebeque, del Factor, de Noblejas y de las plazuelas de San Gil y del Tufo, invadía toda la calle Nueva y parte de la plazuela de la Armería.

Tan abstraído estaba yo en el probable desarrollo de mi Cuento Ideal, que durante algún tiempo no discurri sobre la causa de aquella tan grande y ruidosa reunión de gente, ni sobre lo que pedía, porque indudablemente pedía ó manifestaba desear alguna cosa. Después de recibir algunos porrazos y tropezar repetidas veces, me detuve arrimado al muro de Palacio, y pregunté á los que me rodeaban:

«¿Pero qué quiere toda esa gente?

— Es que se van, se los llevan — me dijo un chispeo, — y eso no lo hemos de consentir.»

El lector comprenderá que no importándome gran cosa que se fueran ó dejaran de irse los que lo tuvieran por conveniente, intenté seguir mi camino. Poco había adelantado, cuando me sentí cogido de un brazo. Estremecíme de terror, creyendo hallarme en las garras del *Licenciado Lobo*; pero no: era mi amigo *Pacorro Chinitas*, amolador de oficio.

«¿Conque parece que se los llevan? — me dijo.

— ¿Á los Infantes? Eso oigo; pero te aseguro, *Chinitas*, que me tiene sin cuidado.

— Pues á mí, no. Hasta aquí llegó la cosa, hasta aquí nos aguantamos, y de aquí no ha de pasar. Tú eres un chiquillo y no piensas más que en jugar, y por eso no te importa. Tú no eres español, ó no tienes corazón, ni eres hombre para nada.

— Sí que soy hombre y tengo corazón para lo que sea preciso.

— Pues entonces, ¿qué haces ahí como un marmolillo? ¿No tienes armas? Coge una piedra y rómpele la cabeza al primer francés que se te ponga delante.

— Han pasado sin duda cosas que yo no sé, porque he estado muchos días sin echarme á la calle.

— No, no ha pasado nada todavía; pero pasará. ¡Ah! *Gabriel*, lo que yo te dije ha salido cierto. Todos se

han equivocado, menos el amolador. Todos se han ido y nos han dejado solos con los franceses. Ya no tenemos Rey, ni más Gobierno que esos cuatro carcamales de la Junta.»

Yo me encogí de hombros, no comprendiendo por qué estábamos sin Rey, y sin más Gobierno que los cuatro carcamales de la Junta.

«Gabriel — me dijo mi amigo, pasado un rato, — ¿te gusta que te manden los franceses, y que con su lengua, que no entiendes, te digan «haz esto ó haz lo otro», y que se entren en tu casa, y te hagan soldado de Napoleón, y que España no sea España, vamos al decir, que nosotros no seamos como nos da la gana de ser, sino como ese Emperador quiera que seamos?

— ¿Qué me ha de gustar? Pero eso es pura fantasía tuya. ¿Los franceses son los que nos mandan? ¡Quia! Nuestro Rey, cualquiera que sea, no lo consentiría.

— No tenemos Rey.

— ¿Pero no habrá en la familia otro que se ponga la corona?

— Se llevan todos los Infantes.

— Pero habrá Grandes de España y señores de muchas campanillas, y Generales y Ministros que les digan á los franchutes: «Señores, hasta aquí llegó. Ni un paso más.»

— Los señores de muchas campanillas se han ido á Bayona, y allí andan á la greña por saber si obedecen al padre ó al hijo.

— Pero aquí tenemos tropas que no consentirán...

— El Rey les ha mandado que sean amigas de los franceses y que digan á todo *amén*.

— Pero son españoles, y tal vez no obedezcan esa barbaridad; porque dime: si Francia nos quiere mandar, ¿es posible que un español de los que vistan uniforme lo consienta?

— El soldado español no traga, no, *al extrangis*; pero son uno por cada veinte. Poquito á poquito se han ido metiendo, metiendo, y ahora, Gabriel, esta baldosa en que ponemos los pies es tierra del que llaman por mal nombre *Bonaparte*.

— ¡Oh, Chinitas! Me haces temblar de cólera. Eso no se puede aguantar; no, señor. Si las cosas van como dices, tú y todos los demás españoles que tengan vergüenza cogerán un arma, y entonces...

— No tenemos armas.

— Entonces, Chinitas, ¿qué remedio hay? Echémonos á llorar, y escondámonos en nuestras casas.

— ¡Llorar! — exclamó el amolador, cerrando los puños. — ¡Si todos pensaran como yo...! No se puede decir lo que sucederá; pero... Mira: yo soy hombre de paz; pero cuando veo que estos condenados se van colando callandito en España diciendo que somos amigos; cuando veo que se llevan engañado al Rey; cuando los veo por esas calles echando facha y bebiéndose el mundo de un sorbo; cuando pienso que ellos están muy creídos de que nos han metido en un puño por los siglos de los siglos, me dan ganas... no de llorar, sino de matar, pongo el caso, pues... quiero decir que si un francés pasa y me toca con su codo en el pelo de la ropa, levanto la mano..., mejor dicho, abro la boca y me lo como. Y cuidado que un francés me enseñó el oficio que tengo. El francés me gusta; pero allá en su tierra.»

Durante nuestra conversación, advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente reunidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informados, que no parten de ninguna voz oficial y resuenan de improviso en los oídos de un pueblo, hablándole el

balbuciente lenguaje de la inspiración. La campana de ese rebato glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos á palpar en concordancia con su anhelante ritmo. Rara vez presenta la Historia ejemplos como aquél, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una condensación colosal, unidad sin discrepancias ni distingos.

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear á un oficial francés que á la sazón atravesó por la plaza de la Armería. Bien pronto unióse al francés otro oficial, español, que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos dirigióse el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denuedo los hostilizaban; pero al poco rato una corta fuerza francesa puso fin al incidente. Como avanzaba la mañana, no quise ya perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció cureñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

«¡Que viene la artillería!» — clamaron algunos.

Pero la presencia de los artilleros no dispersó á la multitud, que corrió frenética hacia la calle Nueva (1). La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y corrí allí también; pero un estruendo espantoso heló la sangre en mis venas, y vi caer no lejos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Fué aquél uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo aterró á muchos, que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos á arrojarse sobre los artille-

(1) Hoy de Bailén.

ros. Mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que clamaban heridos ó moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión, y el gentío corrió hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas».

Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento antes los madrileños, en gran parte, eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual iba corriendo á su casa, á la del vecino más cercano, en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía, con tal que sirviera para matar.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente dispuesta; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las salas y tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

## VI

La calle Mayor y las contiguas ofrecían el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por el lenguaje. El que no lo vió, renuncie á tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que entre nueve y once todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habíase propagado la insurrección como se propaga la llama en el bosque seco azotado por vientos impetuosos.

La irrupción de gente armada que venía de los ba-

rrios bajos por la Plaza Mayor y los portales de Bringas era considerable. Hacia la esquina de la calle de Milaneses, frente á la Cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque habiendo aparecido como una veintena de franceses que acudían á incorporarse á sus regimientos, fueron atacados por una cuadrilla de mujeres, ayudadas por media docena de hombres.

Los extranjeros se defendían con su certera puntería y sus buenas armas; pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desorden y una multiplicidad semejante al de una lluvia de puñales; ni con la espantosa centuplicación de fuerzas menudas que, sin matar, imposibilitaban la defensa. Á veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podía menos de ser generosa, pues cuando los enemigos aparecían en número escaso, se abría para ellos un portal ó tienda donde quedaban á salvo, y muchos de los que se alojaron en las casas de la calle Mayor debieron la vida á la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de á caballo que corrían á todo escape hacia la Puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero irritados ellos, cargaron sobre un grupo apostado en la esquina del callejón de la Chamberga, y bien pronto viéronse envueltos por el paisanaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de los tres, abrió la cabeza á una infeliz maja en el instante en que daba á su marido el fusil recién cargado. La imprecación de la furiosa mujer al caer herida al suelo, espoleó el coraje de los hombres.

Entretanto yo, olvidado de mi Cuento Infantil, seguí

hacia la Puerta del Sol, buscando lugar más seguro, y en los portales de Pretineros encontré á Chinitas. La Primorosa salió del grupo cercano, gritando con frenesí:

«¡Han matado á Bastiana! Más de veinte hombres hay aquí, y denguno vale un rial. Canallas, ¿para qué os ponéis bragas si tenéis almas de pitimini?»

— Mujer — dijo Chinitas, cargando su escopeta, — quitate de en medio. Las mujeres aquí no sirven más que de estorbo.

— ¡Cobardón, calzonazos, corazón de albondiguilla! — chilló Primorosa, pugnando por arrancar el arma á su marido. — Con el aire que hago moviéndome, mato yo más franceses que tú con un cañón de á ocho.»

De pronto uno de los de á caballo se lanzó al galope hacia nosotros, blandiendo su sable.

«¡Menegilda! ¿Tienes navaja? — dijo con desesperación la mujer de Chinitas.

— Tengo tres: la de cortar, la de picar y el cuchillo grande.

— ¡Aquí estamos, espanta-cuervos! — bramó la maja, tomando de manos de su amiga un cuchillo carnicero, cuya sola vista causaba espanto.

El coracero clavó las espuelas á su corcel, y despreciando los tiros, se arrojó sobre el grupo. Yo vi las patas del corpulento animal sobre los hombros de la Primorosa; pero ésta, agachándose con ligereza de reptil, hundió su cuchillo en el pecho del caballo. Con la violenta caída, el jinete quedó indefenso, y mientras la cabalgadura expiraba en horrible pataleo, el soldado proseguía el combate, ayudado por otros cuatro, que á la sazón llegaron.

Chinitas, herido en la frente y en una oreja, se había retirado como á unas diez varas más allá, y cargaba su fusil en el callejón del Triunfo, mientras la Pri-

morosa le envolvía un pañuelo en la cabeza, diciéndole:

«Si te moverás al fin! No parece sino que tienes en cada pata las pesas del reloj del Buen Suceso.»

El amolador se volvió hacia mí, y me dijo:



«Gabrielillo, ¿qué haces con ese fusil? ¿Lo tienes en la mano para escarbarte los dientes?»

En efecto, yo tenía en mis manos un fusil, sin que hasta aquel instante me hubiese dado cuenta de ello. ¿Me lo habían dado? ¿Lo tomé yo? Lo más probable

es que lo recogí maquinalmente, hallándome cercano al lugar de la lucha, y cuando caía de manos de algún combatiente malherido.

«Descosío — gritó la Primorosa, encarándose conmigo y dándome en el hombro una fuerte manotada, — coge ese fusil con más garbo. ¿Tienes en la mano un cirio de procesión?»

—Vamos; aquí no hay nada que hacer» — afirmó Chinitas, encaminándose con sus compañeros hacia la Puerta del Sol.

Echéme el fusil al hombro, y les seguí.

En aquel momento no se veía ningún francés en toda la calle Mayor; pero no distábamos mucho de las gradas de San Felipe cuando sentimos ruido de tambores, después ruido de cornetas, después pisadas de caballos, al fin estruendo de cureñas rodando con precipitación... El drama no había empezado todavía realmente. Nos detuvimos, y advertí que los paisanos se miraban unos á otros, consultándose mudamente sobre la importancia de las fuerzas ya cercanas; no contaban con las poderosas divisiones y cuerpos de ejército que acampaban en las cercanías de Madrid... Por la calle de la Montera apareció un cuerpo de ejército, por la de Carretas otro, y por la Carrera de San Jerónimo el tercero, que era el más formidable.

«¿Son muchos? — preguntó la Primorosa.

— Muchísimos... Y allá por Platerías se siente ruido de tambores.»

Frente á nosotros y á nuestra espalda teníamos á los infantes, á los jinetes y á los artilleros de Austerlitz. Viéndoles, la Primorosa reía; pero yo..., no puedo menos de confesarlo..., yo temblaba.

Llegar los cuerpos de ejército á la Puerta del Sol y comenzar la embestida, fué obra de un mismo instante. Yo creo que los franceses, á pesar de su superioridad.

dad numérica y material, estaban más aturdidos que los españoles; así es que, en vez de comenzar poniendo en juego la caballería, hicieron uso de la metralla desde los primeros momentos.

La lucha, mejor dicho, la carnicería era espantosa en la Puerta del Sol. Cuando cesó el fuego y comenzaron á funcionar los caballos, la guardia polaca, llamada *noble*, y los famosos mamelucos cayeron á sablazos sobre el pueblo. El peligro no me impedía observar quién estaba en torno mío, y así puedo decir que sostenían mi valor vacilante, además de la Primorosa, un señor grave y bien vestido con trazas de aristócrata, y dos honrados tenderos de la misma calle, á quienes yo de antiguo conocía.

Teníamos á mano izquierda el callejón de la Duda, como sitio estratégico que nos sirviera de parapeto y de camino para la fuga, y desde allí el señor noble y yo dirigíamos nuestros tiros á los primeros mamelucos que aparecieron en la calle. Debo advertir que los tiradores formábamos una especie de retaguardia ó reserva, porque los verdaderos y más aguerridos combatientes eran los que luchaban á arma blanca entre la caballería. También de los balcones salían tiros de pistola y gran número de armas arrojadas, como tientos, ladrillos, pucheros, pesas de reloj...

Perdí de vista á nuestra Generala, la Primorosa, en uno de aquellos espantosos choques; pero al poco rato la vi reaparecer, lamentándose de haber perdido su cuchillo, y me arrancó el fusil de las manos con tanta fuerza, que no pude impedirlo. Quedé desarmado en el mismo momento en que una fuerte embestida de los franceses nos hizo recular á la acera de San Felipe el Real. El noble anciano fué herido junto á mí: quise sostenerle, pero deslizándose de mis manos, cayó exclamando: «¡Muera Napoleón! ¡Viva España!»

Aquel instante fué terrible, porque nos acuchillaron sin piedad; pero quiso mi buena estrella que, por ser yo de los más cercanos á la pared, tuviera delante de mí una muralla de carne humana que me defendía del plomo y del hierro. La masa de gente se replegó por la calle Mayor, y como el violento retroceso nos obligara á invadir una casa de las que hoy deben tener la numeración desde el 21 al 25, entramos decididos á continuar la lucha desde los balcones.

Invadiendo la casa, la ocupamos desde el piso bajo á las buhardillas: por todas las ventanas se hacía fuego, arrojando al mismo tiempo cuanto la diligente valentía de sus moradores á mano encontraba. En el piso segundo, un padre anciano, sosteniendo á sus dos hijas que medio desmayadas se abrazaban á sus rodillas, nos decía: «Haced fuego; coged lo que os convenga. Aquí tenéis pistolas; aquí tenéis mi escopeta de caza. Arrojad mis muebles por el balcón y perezcamos todos, y húndase mi casa si bajo sus escombros ha de quedar sepultada esa canalla. ¡Viva Fernando! ¡Viva España! ¡Muera Napoleón!...» Pero nos escaseó la pólvora, nos faltó al fin, y al cuarto de hora de nuestra entrada ya los mamelucos daban violentos golpes en la puerta.

Los franceses asaltaban la casa, mientras otros de los suyos cometían atrocidades en la de Oñate.

«¡Ya entran, nos cogen; estamos perdidos! — exclamamos con terror, sintiendo que los mamelucos se encarnizaban en los defensores del piso bajo.

— Subid á la buhardilla — nos dijo el anciano con frenesí, — y saliendo al tejado, echad por la caja de la escalera todas las tejas que podáis levantar. ¿Subirán los caballos de estos monstruos hasta el techo?»

Las dos muchachas, medio muertas de terror, se enlazaban á los brazos de su padre, rogándole que huyese.

«¡Huir! — exclamaba el viejo. — No; mil veces no. Enseñemos á esos bandoleros cómo se defiende el hogar sagrado. Traedme fuego, fuego, y apresarán nuestras cenizas, no nuestras personas.»

Los mamelucos subían. No había salvación. Pero algunos de los nuestros habíanse en tanto internado en la casa, y con fuerte palanca rompían el tabique de una de las habitaciones más escondidas. Al ruido acudí allá velozmente, con la esperanza de encontrar escapatória, y en efecto, vi que habían abierto en la medianería un gran agujero por donde podía pasarse á la casa inmediata. Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos á pasar.

Refugiados ya en la casa contigua, yo no pensé más que en bajar inmediatamente á la calle. El Cuento de Hadas se posesionó nuevamente de mi espíritu, abriéndose paso por entre el humo y la sangre de la popular tragedia. Pensé que antes de acudir al Palacio de *Amaranta* debía volver adonde dejé las personas más caras á mi corazón, el Cura y la Princesita. Temía que en aquel barrio, donde enclavado estaba el Parque de Artillería, hubieran ocurrido choques más terribles que los de la calle Mayor y Puerta del Sol. Presagiendo atropellos de casas, sacrificios de inocentes, sangre y desolación, apenas puse el pie en la calle, yo no corría, volaba.

## VII

En mi carrera no reparaba en los mil peligros que ofrecían las calles de Madrid. En la de Fuencarral, el gentío era espeso. Oíanse fuertes descargas, y cuando emboqué á la calle de la Palma por la casa de Aranda, gritos de guerra llegaron á mis oídos.

Era entre doce y una. Con un gran rodeo pude en-

trar al fin en la calle de San José, y desde lejos vi el alto balconcillo de la casa donde habían quedado don Celestino y la Princesita... Ésta salió un momento al balcón, y al punto se retiró como asustada... Oí voces de triunfo.

Encontré á Pacorro Chinitas, que fué de los primeros en acudir á la jarana del Parque. Díjome que habían alcanzado una victoria, apoyados por las cuatro piezas que Daoiz echó á la calle. Pronto se convencieron de que los franceses no habían retrocedido sino para volver pronto con numerosa artillería. Así fué: cuando yo subía la escalera de mi casa sentí el rumor de la tropa cercana... Al verme entrar, se alegraron extraordinariamente D. Celestino y la niña, y ésta me señaló una imagen de la Virgen, ante la cual habían encendido dos velas.

«Aquí, Gabriel — me dijo el clérigo — hemos presenciado actos de grande heroísmo. Los napoleónicos han sido rechazados.»

Con rápida y temblorosa frase contó la Princesita lo que había visto. «Ha sido tremendo... Primero, vimos que unos soldados daban golpes muy recios en la puerta del Parque... Después vinieron hombres y mujeres, muchos, muchos, pidiendo armas. Dentro del patio, un español con uniforme verde disputó un instante con otro de uniforme azul, y luego se abrazaron, abriendo en seguida las puertas. ¡Ay, qué voces, qué gritos! Mi tío se echó á llorar y dijo también ¡viva España! tres veces... Al momento ¡pim! empezaron los tiros de fusil, y en seguida ¡pum! los de cañón, que habían salido empujados por mujeres... El del uniforme azul mandaba el fuego, y otro del mismo traje, pero que se distinguía del primero por su mayor estatura, estaba dentro disponiendo cómo se habían de sacar la pólvora y las balas... ¡Qué espanto! Humo, mucho humo, brazos

levantados, algunos hombres tendidos en el suelo y cubiertos de sangre, y por todos lados el resplandor de esos cuchillos grandes que llevan en los fusiles.»

Al decir esto, un terrible cañonazo hizo estremecer la casa. «¡Vuelven! — exclamó con grito de terror don Celestino. — Pero los nuestros ganan, ganan siempre... ¡Virgen santísima, y tú Santiago, español santo, mirad por nosotros!»

Tan excitado estaba yo, que sin parar mientes en la Princesita ni en mi infantil leyenda, abrí resueltamente la ventana. Desde allí pude ver los movimientos de los que combatían. Funcionaban cuatro piezas. Los artilleros me parece que no pasaban de veinte; tampoco eran muchos los de infantería, mandados por Ruiz; pero el número de paisanos no era escaso, ni faltaban algunas heroicas amazonas de las que poco antes vi en la Puerta del Sol. Un oficial, de uniforme azul, mandaba las dos piezas colocadas frente á la calle de San Pedro la Nueva (1). Por cuenta del otro, del mismo uniforme y graduación, corrían las que enfilaban las calles de San Miguel y de San José (2), apuntando una de ellas hacia la de San Bernardo, pues por allí se esperaban más fuerzas francesas. La lucha estaba reconcentrada en la pequeña calle de San Pedro la Nueva, por donde atacaron los granaderos imperiales en considerable número. Para contrarrestar su empuje, los nuestros disparaban las piezas con la mayor rapidez posible, empleándose en ello lo mismo los artilleros que los paisanos, y auxiliaba á los cañones la valerosa fusilería que tras las tapias del Parque, en la puerta y en la calle hacía fuego incesante.

— Cuando los franceses trataban de tomar las piezas á

(1) Hoy del Dos de Mayo.

(2) Hoy de Daoiz y de Velarde.

la bayoneta, eran recibidos por los paisanos con una batería de navajas, que causaban pánico y desaliento entre los héroes de las Pirámides y de Austerlitz, al paso que el arma blanca en manos de estos aguerridos soldados no hacía gran estrago moral en la gente española, por ser ésta de muy antiguo aficionada á jugar con ella.

Cayeron algunos, muchos artilleros, y buen número de paisanos; pero esto no desalentó á los madrileños. Al paso que uno de los oficiales de Artillería hacía uso de su sable con fuerte puño, sin desatender el cañón, cuya cureña servía de escudo á los paisanos más resueltos, el otro, acaudillando un puñado de hombres, se arrojaba sobre la avanzada francesa, destrozándola antes de que tuviera tiempo de reponerse. Eran los dos oficiales oscuros, sin historia, que en un día, en una hora, interpretando con alta inspiración la conciencia nacional, se anticiparon á la declaración de guerra por las Juntas, y descargaron los primeros golpes mortíferos contra el poder napoleónico. Así sus ignorados nombres alcanzaron la inmortalidad.

El estruendo de aquella colisión, los gritos de unos y otros, la generosa embriaguez de los nuestros, y también de los franceses, pues éstos evocaban sus recientes glorias para salir bien de aquel empeño, formaban un conjunto terrible, ante el cual no existía el miedo, ni tampoco era posible resignarse á ser inmóvil espectador.

Á pesar de que nuestras bajas eran numerosas, todo parecía anunciar una segunda victoria. Así lo comprendían, sin duda, los franceses, retirados hacia el fondo de la calle de San Pedro la Nueva; y viendo que para meter en un puño á los veinte artilleros, ayudados de paisanos y mujeres, era necesario refuerzo de todas armas, trajeron más gente, trajeron un ejército, y la